**Hojas de sauce y vida mortal**

Sentado entre las rocas silentes, mientras la naturaleza transmite su sinfonía rutinaria, es que se encuentra el alma terrenal de un humano a la espera de algo milagroso, como aquella tarde en que deambuló sin sentido por los caminos de tierra que se le abrían frente a sus desorientados ojos. Lo curioso fue que ellos lo guiaron hasta un singular rincón natural en el que descubrió una extraordinaria cosa que lo deslumbró y, más tarde, esos mismos ojos maravillados y desorientados, lo llevaron de vuelta a casa sin complicaciones.

Tal como aquella tarde está junto a las rocas musgosas perdidas en el enorme laberinto verde en que descansan despreocupadas, a la espera de que aparezca detrás del sauce adormecido, o la familia de rocas sigilosas.

Decide cerrar sus ojos, esperanzado con que así logre llegar hasta él en la seguridad de su ignorancia, lo que no sabe es que puede descifrar por dónde viene al ver sus pies; a veces están mojadas por atravesar el río que está un poco más lejos, pero con atención se escucha su melodía de corrientes; en otras están sucios por la tierra que desgasta el caminar con su resistencia a ablandarse y otras veces están intactos como si nunca hubieran conocido el esfuerzo de un viaje o el suelo. Sabe que le gusta asustarlo aunque nunca lo logra, el espasmo de su abrupta llegada hace tiempo que desapareció y ahora no queda nada más que el asombro de ver cómo su silueta aparece dentro del cuadro del paisaje, cómo llega hasta ahí sin provocar interrupción a la sinfonía natural, sin hacer ningún sonido humano.

Cuando siente un frío que no lo congela, sino que abriga su corazón, abre sus ojos sabiendo que encontrará la misma vista que lo dejó sin habla hace tantas lunas atrás. Ahí están esos ojos de un gris divino, con ese brillo extraordinario que no es de este mundo; esa piel delicada que se ve como porcelana fina, parece tan suave como el algodón, aunque tiene un tono semejante al marrón de las cortezas; esos mechones caídos como las hojas del sauce, tan iguales al suspirante árbol nostálgico; esos labios pálidos que se curvan en una sonrisa tímida, pero al mismo tiempo arrogante. No puede ver más allá de su rostro los primeros segundos y después su instinto le manda a tomar esas manos teñidas de verde musgoso. El disgusto que sentirían otras gentes al tocarlas no lo siente él que siempre busca el tacto de esas palmas y dedos pintados para hacerle ver qué es real y auténtico, aunque sabe que no hay nada más auténtico que lo que tiene frente sus ojos. En todas las ocasiones está esa precaución de la criatura de evitar el contacto y su propia insistencia a tener un fugaz roce, al final siempre lo obtiene de algún modo.

Baja su vista a sus pies que también están pintados del verde musgo, comprueba que estén con huellas de su viaje, en efecto se ven las cristalinas gotas descender de sus tobillos a la tierra. Nunca dicen nada los primeros minutos que se quedan mirando al otro fascinados. Uno por la curiosidad que le provoca la conducta del otro frente a su presencia, que esté siempre tan asombrado al ver su silueta y cómo decide desenvolverse frente a sus ojos más tarde, con la confianza fluyendo libremente. El otro por la peculiar aura que envuelve al que tiene enfrente de él, cómo es que es capaz de verlo si parece que no debería de ser visible a ojos humanos tal criatura tan deslumbrante, cómo es que no rechaza su compañía y por qué le permite ser testigo de su extraordinaria existencia.

Ambos son callados por sus innumerables pensamientos que nunca salen de sus labios sellados, pero el silencio se rompe un poco después por acción de la única alma mortal.

—Estas aquí. Otra vez.

Recuerda con exactitud cuando la criatura le dijo que no volvería a frecuentar nunca de nuevo aquel rincón, que él supiera dónde podría estar era inaceptable, de modo que ya no lo vería otra vez. Claro está que esa fue una promesa vacía al ver que cada vez que él regresaba a las rocas la criatura estaba allí poco después, volviendo a estar presente en ese singular encuentro.

—No creas que es por ti. Simplemente no me puedo marchar.

Su voz siempre le sonaba tan melodiosa, tan única y tan mágica que no puede describirla tal y como es. No es nada igual como a la música hecha por los humanos, nada que pueda utilizar para comparar. Jamás se cansaría de escuchar esa voz tan fuera de su naturaleza mundana.

El por qué no se puede marchar de aquel sitio le es un misterio, uno de los tantos secretos que guarda esta criatura. Lo más sensato sería marcharse de ahí, olvidar el rincón y la existencia de esos ojos grises. No saber nada de aquella entidad puede resultar peligroso para alguien tan frágil como lo es el humano, al irse se estaría protegiendo de un posible riesgo, pero renunciar a ver lo que ve sería un pecado horroroso. ¿Cuándo tendrá otra oportunidad de presenciar algo tan única como lo que hay aquí? Además nota la tristeza que cargan esos ojos, la soledad que le pesa sobre esos marrones hombros descubiertos. Dejarlo significaría condenar a la soledad absoluta que te puede matar lentamente y él no puede permitir que la muerte se lleve consigo a tan magnífica criatura. Entonces, hasta que aparezca una fuerza mayor que le impida asistir a su encuentro, no se marchara hasta que la llama de su vida se apague.

—Bien. ¿Qué te parece probar ese dulce que te mencioné la última vez?—De una bolsita que trajo con él extrae unos caramelos envueltos en un papel dorado.

— ¿Eso es...?

Con delicadeza toma esas manos mágicas y deposita uno de los caramelos en ella. La criatura se queda observando con fascinación lo que tiene entre sus dedos, si supiera que en su mundo eso no es la gran cosa. Al ver que no sabe qué hacer con el caramelo él se hace cargo de desenvolverlo e indicarle que es algo que debe comer, cosa que la criatura realiza de inmediato abriendo su boca sin llevar el dulce a ella. Él le da el dulce en su boca pensando en que tan apartado de su realidad está lo que tiene enfrente, ve como disfruta del chocolate, algo que antes no habría aceptado por la desconfianza que le tenía a la humanidad.

Recuerda cómo le explicó que para otros seres parecidos en su naturaleza, el contacto con el humano se debe evitar a toda costa, pues son seres malvados capaces de las peores crueldades con tal de obtener una pizca de la magia de ellos, de su poder o simplemente poseerlos para aumentar su fama. Tan alejado de lo que son no están esas palabras, conoce a los de su especie para saber que si supieran de su existencia harían lo que fuera para obtenerlo como un trofeo. Sin embargo él no es como lo que escucho la criatura, nunca se le ocurría decir a alguien más acerca de ella, ni mucho menos hacer algo que atentará contra su vida.

— ¡Delicioso! ¿Qué son?

—Bombones de chocolate.

Tiene una sonrisa de oreja a oreja en su rostro. Le ha costado que se sienta a salvó y este de buen ánimo, ha sido difícil que la alegría llegará a esos desolados ojos cansados. Cuando se conocieron se percató de lo triste que era la criatura, se hacía ver amenazante sin éxito porque era muy fácil notar lo exhausta que estaba con la vida, como si ya no tuviera las fuerzas para continuar entre los vivos. No soporto desde el primer momento que se fuera junto a todos los idos del mundo, junto a los que descansan tras las puertas del ángel de la muerte, por eso se esforzó tanto en devolverle la vida.

— ¡Es increíble lo que hacen los humanos! ¿Cómo son capaces de originar estas maravillas?

Hay ocasiones en las que no parecen ser humano y criatura mágica, en su lugar son dos almas que se hacen compañía, comparten lo que tienen en sus corazones y disminuyen la soledad que los asecha constantemente. Ambos parecen ser en momentos tan iguales, pero luego vuelven a estar esas diferencias abismales entre los dos, lo que los hace recordar que nunca podrán estar de un sólo lado.

Cuando se pone a reflexionar sobre la situación le viene un dolor que no puede explicar. Ha pasado un buen tiempo, han compartido tanto, le ha revelado demasiado sobre él que no le sorprendería que conociera hasta lo más profundo de su alma. En cambio, la criatura nunca le dice nada sobre ella, no conoce su pasado ni su nombre. Jamás le ha dicho algo acerca de su persona. Le duele que él se haya desnudado en alma con ella, pero ella no con él, y duele mucho más si ahora piensa en ella como un amigo, uno de esos que nunca serías capaz de perder por lo bien que te complementa y conoce.

— ¿Me dirías sobre tu pasado?—La criatura detiene su evaluación de los demás bombones que tomó de la bolsa— ¿Tu nombre?

— ¿Por qué?—su hablar demuestra el miedo que le produce hacer lo mismo que ha hecho el humano, revelarse por completo.

—Porque te quiero conocer de verdad. Porque me duele que tú de mí lo sepas todo y yo de ti nada. Porque soy humano y el humano no soporta dar sin recibir. Tal vez sea egoísta, no lo sé, pero te quiero conocer tan bien como tú a mí. Quiero saber cada cosa sobre ti, si tú me dejas.

Silencio.

No es igual al de cada encuentro, este es más intenso, más poderoso y más doloroso. Es obvio lo que quiere decir la falta de palabras, que no importe que el abra hasta las entrañas de su corazón, no tendrá lo mismo a cambio.

—No importa. —dice al cabo de un momento eterno—No tengo derecho a pedirte nada. Mejor regreso a casa.

Por primera vez en todo lo que se conocen la criatura ve la misma tristeza con la que ha estado desde hace siglos en aquellos ojos alegres del humano. Ver cómo se apagan y aquel que le trajo una vez más la felicidad también lo hace le provoca una sensación que no le gusta para nada. No puede verse reflejada, ver el cómo era ella antes de toparse por primera vez con aquel ser del que tanto le advirtieron, no puede ver esa misma tristeza que tuvo como única compañía en el humano.

—No me puedo marchar de aquí porque tal vez sea peligroso para mí.

Ni siquiera puede dar más de tres pasos cuando al fin escucho algo más que detalles del paisaje encantado, fascinación por las muestras de inventos hechos por manos humanas o curiosidad de cómo es el mundo ahora. La criatura no podía soportar verlo marcharse con ese dolor en sus ojos, no podía permitirle que se adentrara en el mismo pozo en que estuvo antes de conocerlo.

Él voltea sorprendido a verlo. Nota el miedo desbordarse por esos maravillosos ojos grises, los labios temblorosos sin saber si continuar o no y esas manos jugueteando con los dedos inquietos; podría ser que en cualquier momento los pies se muevan para desaparecer en lo profundo del pantano, huyendo espantados por lo que ha salido de esa boca bajo el encanto de su voz.

No se mueve, no quiere espantar a la criatura ahora que ha decidido abrir el candado con el que mantiene encerrados sus sentimientos más profundos.

—Las criaturas como yo no pueden abandonar su lugar de origen tan abruptamente, podría ocasionarles la muerte.

Se queda callado sin saber que decir al respecto de las palabras que salieron de los pálidos labios. Los ojos grises están distintos, hay un cambio en su brillo. Se ven asustados y a la vez decididos, va a suceder algo de lo que no habrá marcha atrás.

—Te hablaré de mí, del pasado. —le dice en una especie de susurro, como si estuviera por revelar los más grandes secretos. Tal vez lo sean. —No puedo saber cuándo conocí la vida y cuánto más tarde al mundo, pero sí lo que pude vivir después de eso junto al anciano. Él era alguien que llevaba muchos más años que yo en esta tierra y era de un roble muy lejano a este pantano, no sabía que tan lejos podíamos llegar a explorar, que tan apartados de nuestro árbol podíamos estar. Me enseño todo lo que sé, todo lo que soy. Me enseñó a hablar, a ver las demás criaturas como yo, las grandes y pequeñas, el árbol que me mantenía con vida, que éramos nosotros y por qué estábamos aquí. Somos espíritus de la naturaleza que nacen gracias a una magia muy antigua y desconocida, necesitamos de nuestro árbol para sobrevivir, sin él caemos bajo las garras de la muerte.

Del humano no salía ningún sonido, parecía que la vida se había marchado de él si no fuera por el sonido de su respirar, que a pesar de no hacer nada estaba agitada. Probablemente por la información que está obteniendo y no es para nada como imaginaba.

—Por eso no me puedo ir muy lejos, no sé hasta dónde puedo llegar.

—¿Y el anciano del roble?

—Murió.

El dolor de su voz hace que se sienta culpable por haberle pedido abrir viejas heridas, esa expresión dolida le llega a disgustar. A pesar de los recuerdos la criatura está dispuesta a continuar con su relato, sus labios se abren ligeramente y él no puede hacer nada más que escucharla y tratar de comprender.

—Hace mucho que él falleció. Nunca se alejo demasiado, nunca llego a la ciudad. Me conto de lo peligrosos que son los humanos para nosotros y de que nos mataban inconscientemente, exterminando los bosques junto con nuestros árboles. Caemos muertos cuando lo hacen nuestros árboles, al roble lo talaron hace demasiado tiempo atrás, desde entonces que convivo en soledad.

Imaginar que tienes una familia y de repente esta desaparece por los actos de una especie que no te conoce, que no considera entre los vivos debe de ser desgarrador. Él jamás ha experimentado algo parecido y no lo hará muy pronto, por lo que no puede imaginar el dolor que ha estado cargando consigo la criatura.

—Has estado en soledad desde entonces. —mira como la criatura asiente levemente con su cabeza, haciendo bailar los mechones de sauce—Lo lamento.

—Tú no eres culpable de nada, lo son otras gentes. Tú me has devuelto la dicha a mis días y te lo agradezco. Gracias por quedarte a ser mi amigo.

La sonrisa que le entrega es sincera, pura e inocente. Ahora están iguales los dos, ambos han dejado al descubierto su alma y corazón.

Hay algo diferente, algo se siente nuevo. Una sensación agradable entre los dos, un sentimiento único en que pueden ser en todo su esplendor ellos mismos, sin secretos de por medio. Una conexión realmente extraordinaria.

—¿Y tu nombre?

—No tenemos un nombre como lo hacen los humanos. Él se llamaba tronco de roble y a mí me decía hojas de sauce.

—¿Hojas de sauce?

—Mi nombre.

Se ríe levemente porque esperaba algo mucho más mágico y no tan simple, pero al parecer las cosas más fascinantes vienen en una capa de simpleza.

—Un placer tenerte como amistad, hojas de sauce.

—Lo mismo digo, Baltazar.

El sol viajo en dirección al occidente para retirarse tras las aguas de los océanos para su descanso antes del siguiente viaje, las sombras tomaron distintas posiciones hasta que arribo la noche. Y mientras esto ocurría las dos almas, mortal y mágica, estrechaban su amistad en los bordes de la noche, derrumbando todas las barreras que debían de existir entre sus vidas, demostrando que aquellas diferencias no eran oponentes para ellos. Y escondidos entre el paisaje silvestre del pantano, en las piedras silenciosas, el sauce observador y el río que canta, es que están estas almas acompañándose, siendo compañeras en este ordinario y desolador mundo.

**Aime Huina**

**Liceo Abate Molina**

**Talca**